Epocas®
SEGUNDA ERA
AYER... HOY.. MAÑANA!
Año 16 Septiembre del 2001 Panamá, República de Panamá No. 9

El lente de don Carlos Endara nos dejó para la posteridad esta típica escena de fines del siglo XIX, donde se aprecia a un grupo de lavanderas orgullosas de su oficio.
La gráfica fue tomada probablemente en el manantial de El Chorrillo.

ADENTRO

- Una niña en la construcción del Canal: Kathryn Dierkes Brewer
- La palanca del mal: la redistribución erosionada y el paradigma neoliberal
- Inauguración de la primera Feria Nacional de Agricultura en Penonomé
- El Cabildo como símbolo de la soberanía popular en el período colonial hispánico
- El Convento de las Monjas de la Concepción

Una niña en la construcción del Canal: Kathryn Dierkes Brewer

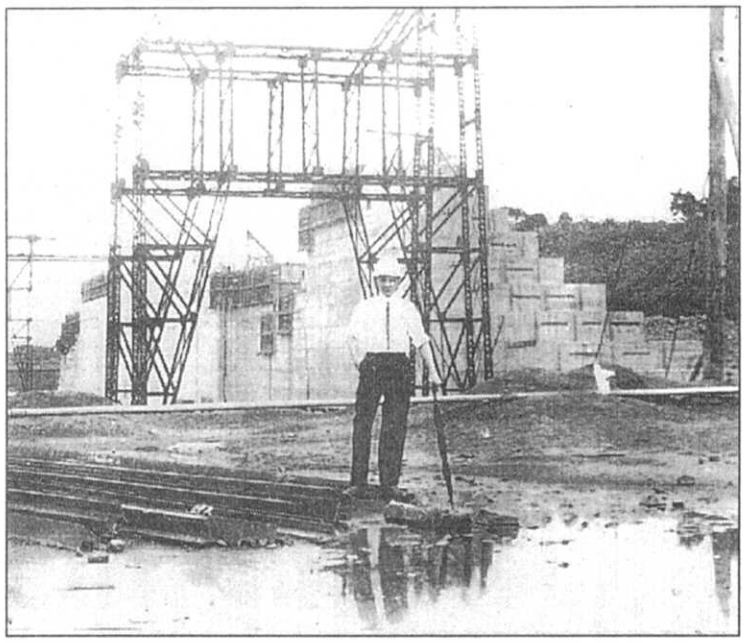
Por Stanley Heckadon-Moreno

En 1909 arriba a Cristóbal, en el vapor Allianca de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, la familia del ingeniero John Edward Dierkes qué, como tantas otras, venía a construir la mayor obra de ingeniería vista en los trópicos: el canal de Panamá. Traía el viejo navío a su esposa Mary LaCroix, de 30 años, de Filadelfia al igual que él, la hija mayor, Marie, de 10 años y la menor, Kathryn, una chiquita flaquita y vivaraz de tres años.

Ayudó el ingeniero Dierkes a construir las esclusas. Según avanzaban estas obras, la familia era trasladada de un campamento a otro. Primero, residieron en el lado Pacífico, en Paraíso, Pedro Miguel, Miraflores y Diablo. Luego, en Culebra, cerca a las excavaciones del corte Gaillard o Culebra, la parte más montañosa y angosta del canal. Finalmente, en 1913, pasan a Gatún, en el Atlántico, a punto de terminarse la mayor de las esclusas. Aquí vivirían cuatro años, hasta 1917, cuando regresan a Estados Unidos.

Usualmente, la epopeya del Canal la han narrado personajes importantes: ingenieros, militares, políticos o médicos, personas adultas. Hoy presentamos a los lectores de **EPOCAS** un testimonio inédito, sobre la vida cotidiana de las familias que laboraron en el canal, sirviendo de testigo una niña, Kathryn Dierkes. Mucho después Kathryn se casaría con Roscoe Brewer y antes de fallecer, a los 82 años, en 1982, en Vista, California, dejó este escrito, con sus recuerdos de infancia en Panamá.

Debo explicar cómo obtuve este testimonio. En noviembre de 1999 las bibliotecas de los museos del Instituto Smithsonian auspiciaron en Washigton la exposición **"Make the Dirt Fly! Building the Panama Canal"**, título traducido como "!Que se levante el polvo! Construyendo el Canal de Panamá." Incluyó la exposición un panel, sobre el rol del canal en la ciencia, la tecnología y la cultura popular de Estados Unidos. A este panel se me invitó a hablar sobre el estado ambiental de la Cuenca del Canal pues, con un grupo de investigadores panameños y norteamericanos, liderado por el Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, con sede en Panamá, habíamos recién estudiado esta vital región.



Sobre estas líneas, el ingeniero John E.Dierkes (1877-1941), trabajó en las obras de las esclusas de Pedro Miguel, Miraflores y Gatún. Esta imagen posiblemente sea en Gatún. Foto: Cortesía de Jack y Carol Brewer.

Un panelista, William Worthington, del Museo Nacional de Historia Americana, uno de los 16 museos del Smithsonian, me invitó a los archivos de ingeniería. Donde, entre cajas de planos y documentos de famosas obras de ingeniería, reposaba el diario de Kathryn donado al museo por su hijo Jack Brewer Dierkes. Jack, gentilmente, me autorizó traducirlo y me envió fotos de los Dierkes en Panamá de principios de siglo XX que hoy compartimos con los lectores.

El Canal y Paraíso en 1909

Antes de proceder veamos pincelazos de los que ocurría en el istmo el año que llegan los Dierkes. En 1909 la Isthmian Canal Commission anuncia qué, habiéndose extraido 87 millones de yardas cúbicas desde inicios de las obras, se llegaba a mitad de camino en la excavación del canal. La fuerza laboral sumaba casi 33,400 trabajadores. John Dierkes, siendo norteamericano, blanco e ingeniero, era uno de los 3000 miembros del "gold roll", la planilla de oro. Los demás pertenecían a la "silver roll".

Con recatado asombro, el "Canal Record" anota que sólo en noviembre de 1909, 40 pulgadas de lluvia habían caido sobre Cristóbal, comparándolas con las 36 pulgadas que Estados Unidos recibía como promedio anual.

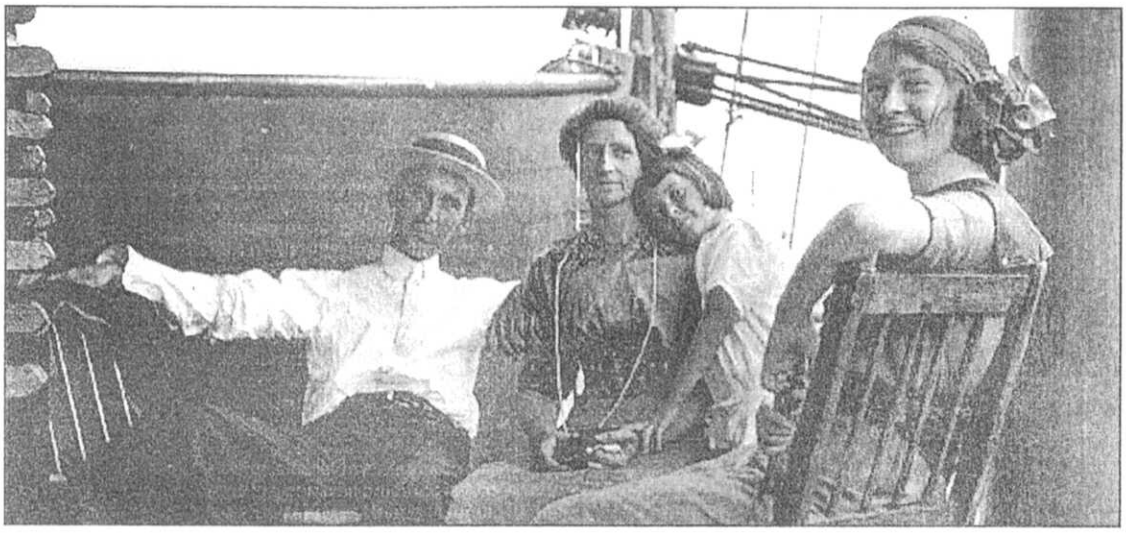
Ese año en Corte Culebra, en un manto rocoso de la cordillera central, se descubren conchas marinas fósiles. El inesperado hallazgo planteaba la intrigante interrogante, si en tiempos remotos el istmo había estado sumergido bajo las aguas marinas. Las conchas se remitieron al Instituto Smithsonian para su estudio.

En 1909 se forma en Paraíso el **Paci-**

"Epocas"
Segunda Era

Mario Lewis Morgan
DIRECTOR
Apartado 6972, Zona 5
Impreso en los talleres de **La Prensa**.
Sin responsabilidad editorial

fic Social Club. El poblado contaba también con el **Paraiso Women's Club** organizados ambos por las mujeres de los trabajadores. Cuando familias como los Dierkes se instalaban en un campamento del canal, encontraban, siguiendo la tradición cultural norteamericana, grupos de apoyo que hoy llamaríamos de la "sociedad civil". Estos realizaban eventos culturales, educativos, deportivos, científicos y de mejoramiento del hogar, vitales para mantener el espíritu de la fuerza laboral. Veamos ahora los recuerdos de Kathryn. Es 1909, su mamá, angustiada por no recibir nuevas de su esposo, súbitamente recibe varias cartas atrasadas de él. Les contaba de su partida hacia su nuevo trabajo en el canal de Panamá. La familia está por embarcarse en Nueva York hacia Cristóbal donde se le uniría.



Recostada sobre mamá. Los Dierkes en un barco de la Compañía del Ferrocarril de Panamá. A la izquierda, el ingeniero Dirkes, su esposa Marie, Kathryn y su hermana mayor, Marie. Foto : Cortesía de Jack y Carol Brewer.

Rumbo al Sur

"A punto de desistir y buscar ayuda, llegaron juntas un sinúcmero de cartas. Papá había decidido tomar la oportunidad de trabajar en el Canal de Panamá. La paga era 25% más que los salarios en Estados Unidos. Y como incentivos adicionales, había casa gratis, luz y agua, servicios médicos y dentales, transporte gratis para los hombres y sus familias, hasta y desde Nueva York, en los barcos del mismo Canal.

Una hora después de escuchar de esto, Papá ya se había embarcado en un carguero. Ni tiempo tuvo para escribir. Empacó, tomó un coche hasta los muelles y apenas si logró embarcarse con sus amigos que le habían hablado sobre ello.

El barco atracó en casi todos los puertos de América Central y cada vez Papá bajaba a tierra, enviaba una carta por correo. La primera trajo dinero para mantenernos hasta que pudiésemos unirnos con el. Cada vez que ponía una carta la traían de vuelta a bordo pues tenía una dirección en Estados Unidos. Así que cuando su barco llegó a Balboa todas sus cartas tuvieron que cruzar el Istmo hasta Cristóbal y de allí subir por la costa este.

De Nueva York a Cristóbal

Pronto consiguió trabajo y recibimos una carta con nuestro pasaje para el Canal. Abandonar nuestra manera corriente de vida nos puso a los Dierkes a rezar. Esta vez Mamá estaba asustadísima. Nunca antes había viajado en algo mas grande que un ferry y jamás había estado tan lejos que no podía verse la costa. Eso fue en 1909. El mes que nos embarcamos yo tenía tres y Marie iba a cumplir diez años. Mi abuelo nos acompañó hasta Nueva York y nos quedamos una noche en un hotel. Me acuerdo que se puso bravo porque Mamá dejó que yo ordenara mi propio desayuno. Pedí una gran torre de pancakes y me comí cada uno. Para entonces yo ya no era una bebicita gorda sino un chiquita flaquita con un voraz apetito que siempre mantuve.

En el Canal operaban dos barcos el Advance y el Alliance. Los dos habían sido comprados, junto con el ferrocarril, a la Compañía De Lesseps. Ellos comenzaron el Canal pero habían fracasado. Los dos barcos eran muy viejos. Los dos tenían cascos de madera y eran pequeños. Después, como en los años 20, a sus cascos les pusieron láminas de metal.

Creo que Mamá se mareó cuando ni siquiera habiamos dejado el muelle. Se fue a la cama y se acostó con todo y ropa, hasta con su corset y nunca se levantó hasta que atracamos en Cristóbal. Yo pasé parte del tiempo mareada, pero Marie nunca se mareó.

Justo afuera de Cabo Hatteras un huracán nos aporreó. Por dos días nos alejó del curso, arrancando todo sobre cubierta, los salvavidas y el inalámbrico. No sabiamos donde estábamos hasta que el capitán pudo hacer un avistamiento. No había forma de comunicarse con la Zona del Canal para dejarles saber que estabamos a salvo. Papá casi se volvió loco. Cuando atracamos, fue el primero en subir a bordo. Nuestra pobre Mamá tuvo que ser bajada a tierra en una camilla. Nos fuimos en un coche jalado por un caballo, a casa de unos amigos de Papá. Después que Mamá logró comer algo, se bañó y se vistió y pronto estabamos rumbo a nuestro extraño nuevo hogar.

Paraíso

Cruzamos el Istmo en ferrocarril hasta el pueblito de Paraíso donde Papá estaba estacionado. Nuestros alojamientos eran iguales a las barracas del ejército-un edificio de dos pisos, para cuatro familias, con ventanas de tela metálica y techo de hojas de zinc. La lluvia sonaba maravillosa en estos techos. Eran casas rústicas. Teníamos electricidad pero no había gas. Como todavía no se había inventado las estufas eléctricas, cocinábamos en estufa de leña y carbón. Estufas que también servían para calentar las planchas.

Imagínenselo-estabamos en el bosque lluvioso equatorial!.

Todos los días nos entregaban hielo para nuestra vieja hielera de roble. No habían tinas de baño, sólo regaderas. Había un cuartito de madera con piso de cemento muy rústico, con la regadera exactamente en el centro del techo. Y cada vez que uno quería darse un baño, que en ese clima es como 3 o 4 veces al día, el cuarto de la regadera usualmente estaba ocupado por arañas grandes y peludas, que me asustaban de muerte, y por montones de cucarachas.

No había leche ni mantequilla frescatoda venía en latas; tampoco habían vegetales o frutas salvo las tropicales como bananas, papayas, cocos, piñas, mangos y naranjas que eran las más amargas que habíamos probado. De frutas estabamos muy bien, pero todos los vegetales venían enlatados y cuando llegaban frescos, que era por barco, usualmente arribaban podridos y a precios exhorbitantes. La carne era de Argentina y dura como el provervial cuero de zapato. El pescado local era muy bueno, pero las gallinas eran los seres mas flacuchentas y patéticas que uno podría ver jamás.

En el próximo número Kathryn nos hablara de Pedro Miguel.

Kathryn con un venado coliblanco en un campamento del canal, circa 1909-1910. Para una niña de tierras templadas, la vida en el istmo selvático y lluvioso, con muchísimas plantas, frutas y animales desconocidos, fueron tiempos mágicos. Todo era nuevo, exótico y misterioso. Foto: Cortesía de Jack y Carol Brewer.